



La religión, más que una creencia un dominio para los jóvenes

Ensayo escrito por: Dayana Álvarez

Desde que mi madre me dio la vida me he criado en el evangelio. Para mí era normal ir día de por medio a la iglesia y seguir el comportamiento que allí veía. Sin embargo, empecé a crecer y a ser más consciente de las cosas que anhelaba para mi vida. Recuerdo que cuando tenía 12 años estaba con mis amigas y me preguntaron que por qué no me gustaba pintarme las uñas y usar aretes. Yo, les respondí que sí me gustaba, pero hacer eso en mi religión era considerado un pecado. Ellas no entendían por qué era un pecado si esto no lastimaba a nadie. A partir de ese día, comencé a analizar más las cosas y, a medida que crecía, me sentía más limitada: si quería tener novio tenía que ser alguien de la misma religión, no me podía vestir como quería, siempre tenía que actuar y tomar mis decisiones teniendo en cuenta lo que mi religión establecía. Logré entender que ser miembro de una comunidad religiosa desde el nacimiento limita la toma de decisiones de los jóvenes.

Mi mejor amiga se llama Isabella, ella cree en Dios, pero no es miembro de una comunidad religiosa, usa aretes, actúa, habla y se viste como a ella le gusta; nunca se ha sentido cohibida o limitada para tomar sus decisiones; escucha música de su agrado, si le apetece maquillarse lo hace sin temor, si decide ir a una fiesta, simplemente va. Por supuesto, tiene normas que cumplir, pero éstas no afectan el desarrollo de su personalidad. Ella tiene la capacidad y libertad de decidir lo que quiere y no quiere. Por el contrario, yo, criada en un hogar religioso, no tengo la oportunidad de hacer lo que deseo.



A mí me encantaría tomar mis decisiones y no sentir miedo de lo que la comunidad religiosa y mis padres dirán, o sentir que lo que estoy haciendo es un pecado y por eso me voy a “quemar en el infierno”. Por eso, considero que la noción de pecado es el principal obstáculo para desarrollar libremente la personalidad, pues este mecanismo infunde miedo.

Ahora bien, este dominio no es algo nuevo, desde épocas pasadas la religión ha sido un mecanismo para controlar el comportamiento de la sociedad. Un ejemplo de esto fue la Edad Media, en ese tiempo las acciones de las personas tenían que estar ligadas sí o sí a los principios y creencias de la iglesia. Por consiguiente, si las personas tenían un pensamiento distinto eran consideradas herejes y, en caso de ser mujer, se acusaban de brujas; su castigo, casi siempre, era la tortura o la muerte. Esto no ha cambiado mucho, la única diferencia es que hoy en día los creyentes no matan a las “personas del mundo” o a “las personas perdidas”, actualmente hacen uso de la manipulación.

Aunque, el derecho a la libertad de conciencia y de culto implica que una persona está en toda libertad de conservar sus creencias o cambiarlas, y poder profesarlas tanto en público como en privado, esto es negado por algunas comunidades religiosas. Algunas de las cátedras o prédicas mencionan que cuando un joven anhela cambiar sus creencias, apartarse del camino de Dios o actuar de manera diferente, es porque se ha dejado llevar por pensamientos malignos. En el momento en que el joven se aparta o actúa diferente, todos los miembros de la comunidad lo comienzan a hostigar y a hablar con sus padres, creando un ambiente de presión para que este cambie de opinión. Así funciona la manipulación y, como en mi caso, genera frustración, pues antes de actuar pienso en todo lo que he escuchado en mi comunidad religiosa, en las historias que han contado sobre



personas que han terminado mal, debido a que, han dejado de creer o han pecado, y esto no me permite actuar o pensar distinto.



Esta manipulación y situación de temor, causa grandes repercusiones en todos los ámbitos de los jóvenes. No obstante, se logra evidenciar más en el caso de los jóvenes que tienen una orientación sexual diferente y en el caso de ser mujer. Los jóvenes no tenemos la libertad de tener dudas sobre nuestra orientación sexual, no tenemos la oportunidad ni siquiera de hacernos un tatuaje o ponernos un piercing, ya que, a lo largo de nuestra vida religiosa, hemos evidenciado que este tipo de personas son criticadas y vistas como una abominación. Lo anterior se da porque en las comunidades religiosas, los jóvenes vivimos en un entorno de prejuicios sociales y discriminación.



Estos prejuicios hacen que existan dos tipos de jóvenes: los primeros son aquellos que desean a las personas de su mismo sexo o no se sienten cómodos con su cuerpo y quieren cambiarlo, pero reprimen estos sentimientos por miedo al rechazo. Los segundos son aquellos que se han dejado llevar tanto por la iglesia que en su corazón sienten desprecio y no aceptan a las personas que no piensan y actúan igual a ellos.



Lastimosamente, a mis 13 años hice parte de este grupo, no estaba de acuerdo con las personas homosexuales y cuando veía a una pareja besándose, a mi mente venían pensamientos de desagrado. No obstante, logré entender que nadie tiene derecho a criticar, menos a menospreciar a una persona por sus gustos y considerarla como una “abominación”.



Por otro lado, dentro de las religiones las mujeres tenemos más limitaciones que los hombres para desarrollar nuestra personalidad y tomar nuestras propias decisiones, ya que, la Biblia profesa en Efesios 5:22-24 que, por mandato divino “el hombre es cabeza de la mujer y del hogar”. Por tanto, la mujer debe estar sujeta a él, es decir, que la mujer está





por debajo y debe obedecer a su esposo, y si a este no le agrada que ella trabaje no lo debe hacer, incluso, debe vestirse como su religión y su marido deseen. Este versículo también incluye la relación de hermano/hermana, novio/novia, entre otras. Por ejemplo, cuando tenía 11 años me tocaba limpiar el polvo cada ocho días y lavar los platos me gustara o no y mi vestimenta dependía de las normas de la religión y de mis padres. A diferencia de mi hermano que en toda su vida no ha lavado la loza y solo una vez ha limpiado el polvo, se viste como quiere y no le ponen problema.

En conclusión, la religión es usada por los humanos como un mecanismo de dominio, en la cual quienes la profesan siguen costumbres, normas, prejuicios y hacen uso de la noción de pecado para limitar la toma de decisiones en los jóvenes. Además, vivir en un entorno lleno de reglas, prejuicios sociales y discriminación, genera que los jóvenes se sientan infelices o frustrados por lo que no pueden ejercer. Como en mi caso, me ha llevado a perder muchos momentos que anhelaba de mi juventud y ha traído a mi vida frustración. Aunque mis padres apoyen mis decisiones, me siento cohibida y juzgada por mi comunidad religiosa, lo que me lleva a pensar que no es correcto que las religiones hagan uso de la manipulación para controlar el comportamiento de los jóvenes y no respeten sus decisiones.

Bibliografía

De Valera, C. (Ed.). (1960). La Santa Biblia. Bogotá, Colombia: Editorial. SBC.